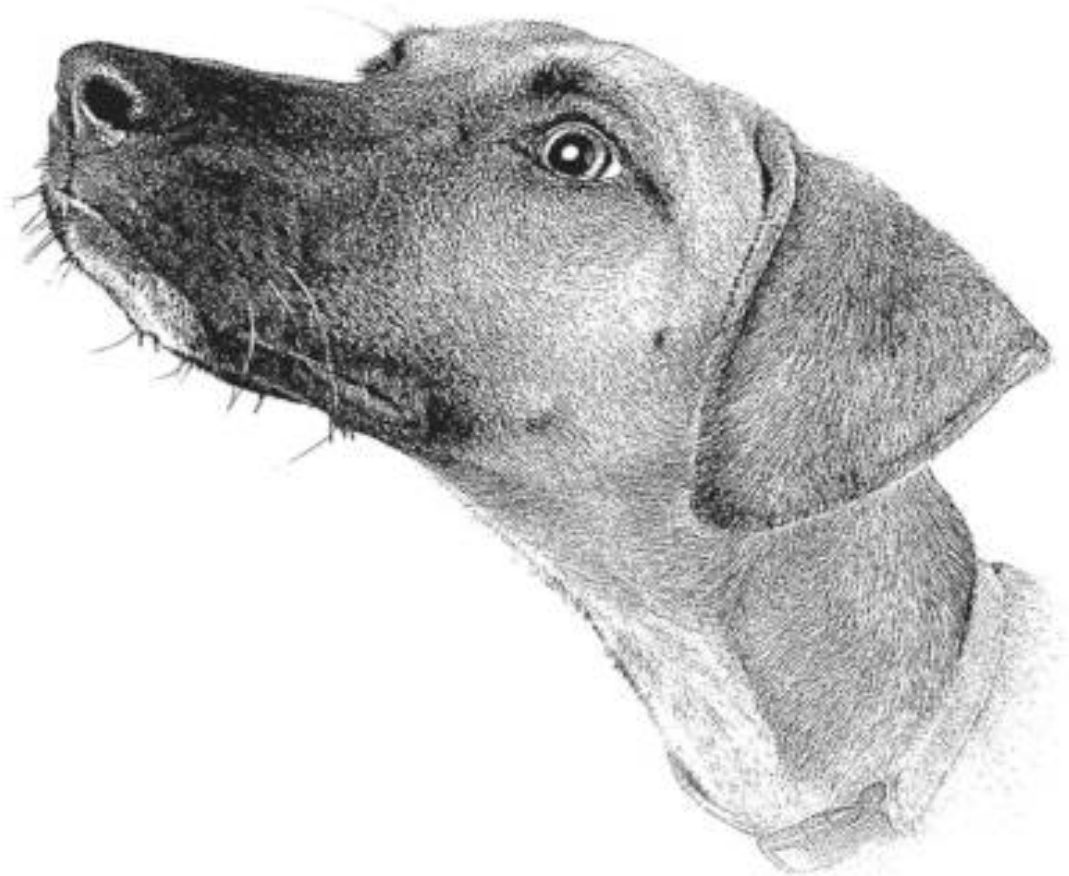


Seix Barral Biblioteca Formentor



Sam Savage

El camino del perro



Índice

[Portada](#)

[Cita](#)

[Voy a parar ya...](#)

[Créditos](#)

[Encuentra aquí tu próxima lectura](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Tuve un estupendísimo golpe de suerte. Me morí.

JOHN BERRYMAN

Voy a parar ya. Unos cuantos hilos sueltos que cortar, pedazos y trozos que juntar y etiquetar, para que la gente se entere, y luego paro.

Tuve un perrito. Recorrimos juntos el mundo mientras él duró, en una y otra dirección, solo por hacer camino. Al final estaba ya tan débil que tenía que azugarlo con la punta del zapato para que anduviese. Está enterrado en algún sitio. Se llamaba Roy. Lo echo de menos.

No estoy bien.

La mujer que vive enfrente no está bien, me parece. Se la ve abatida, alicaída. No está bien psicológicamente, me parece. Me parece que es una interna. La tienen internada porque está enferma.

El perro no me llegaba ni a la espinilla, salvo cuando se ponía a saltar contra mi pierna, como solía hacer en su juventud, cuando me veía aparecer por las mañanas o cuando regresaba tras una larga ausencia. Regresaba tras una larga ausencia, como viajero que se aproxima a su pueblo natal muchos años después. Me raptaron unos piratas, dice, pero nadie se lo cree. Novia de toda la vida gorda y casada, padres muertos, no recuerda qué iba buscando cuando echó

a andar. No se le ocurre ningún motivo para marcharse de nuevo, de manera que permanece en el pueblo hasta su muerte, anciano, sin hijos, sin esposa, él que se pasa las tardes contando las mismas historias viejas.

La vecina estaba en su jardín, mirando unas flores con la cabeza gacha, cuando su marido se fue a trabajar esta mañana. El hombre sacó el coche marcha atrás, le pasó muy cerca. Su enfermedad ha proyectado una sombra sobre la familia. Ha atrofiado a sus hijos, que son grandes y guapos, pero con atrofia emocional. Se les nota en la expresión, en el lenguaje corporal. Son pulcros y están bien criados, como si acabaran de apearse de un catálogo de ropa, con su rígida adhesión a los códigos de su medio social. Por lo corrientes y por lo normales que son, me parecen unos fanáticos. Un marido y tres hijos varones adolescentes. En las atardecidas de verano los cuatro juegan bajo el aro de baloncesto de la entrada. Si ella sale de la vivienda y les pasa cerca, en su camino hacia los cubos de la basura, dejan de jugar y permanecen quietos y en silencio, hasta que la mujer vuelve a meterse en la casa. Los ojos bajos, el rostro demacrado, se la ve hundida, sumergida. A última hora de la tarde, el marido y los hijos regresan del trabajo, del colegio, o juegan junto a una casa con las persianas bajadas por completo. Ella está dentro, acurrucada, con la mirada vuelta sobre sí misma. Ellos se mueven a su alrededor, dejándole espacio libre, pero no reconocen su enfermedad ni siquiera para sus adentros, ni siquiera cuando van de habitación en habitación haciendo girar las varillas que mueven las láminas de las persianas para que entre la luz.

Hay otras cosas. Dando vueltas en la cama veo otras cosas en la acera de enfrente, partes de varias casas, una rodaja de cielo, postes eléctricos, un árbol con las hojas muy gran-

des, una catalpa. Florece en junio, grandes racimos de flores blancas que lo engalanan durante breve tiempo y luego se desprenden y cubren por completo la acera. Veo casi entero un olmo gigantesco. No alcanzo a ver sus ramas más altas desde la cama pero sé que se extiende como un toldo sobre el techo de un bungalow amarillo. Ahí viven una mujer muy alta y un hombre todavía más alto, que salen por la puerta cada uno con su maletín negro cinco mañanas a la semana, y con trajes de *spandex* salpicados de logotipos para montar en unas bicicletas flacas y plateadas, los domingos. No sé cómo se llaman. Nunca hemos hablado. Cuando pienso en ellos los llamo los altos.

Últimamente estoy pensando, aquí sentado, junto a la ventana, que las personas felices son sociables por naturaleza. Se reconocen entre ellos mediante señales sutiles. En este barrio abundan. Durante los fines de semana se arraciman y apretujan en los jardines traseros y en los parques, sonriendo y meneando la cola como perros.

He estado pensando que en el gran sorteo prenatal de las almas yo fui a parar a la especie equivocada. Estaba destinado a algo más pequeño, más término medio, más solitario: un vil insectito, quizá, como el personaje del gran relato de Kafka, que se despierta una mañana y descubre que se ha convertido en una cucaracha enorme. Claro que «en el fondo» siempre lo había sido, solo que un día se despierta y se entera.

Lo he aprendido poco a poco. Un largo descenso a la vileza.

Piel reseca de serpiente perdiendo las escamas, barriga hinchada de sapo, piernas descarnadas como patas de pá-

jaro, oliendo a chivo, cara de camello, mente de alce enloquecido que los lobos derriban. Cojo, arrastrando los pies, tropezando en las grietas de la acera.

Tengo una pistola.

Horas, días, semanas enteras transcurren sin dolor. En su mayor parte, los desperdicio durmiendo; he llegado a dormir veinte horas al día. Si no, miro por la ventana, deseando atestiguar todo lo que ocurre en este barrio tranquilo, o bajo arrastrándome hasta el río, recurriendo a un bastón, o me quedo sentado contándome historias.

Las mismas historias viejas, siempre sobre «el camino de la vida», el hombre que emprende el camino de la vida lleno de esperanza y de buenos augurios y se adentra en un bosque tenebroso, se pierde en la espesura, despellejado por las zarzas, hasta que al final, merodeando a oscuras, cae por un barranco, se queda despatarrado sobre las hojas secas y las ramas del fondo, moviéndose apenas, y así sucesivamente.

Las enfermedades podrían nombrarse, tienen nombre, no voy a nombrarlas. Esto no va de enfermedades. A no ser que contemos entre ellas la idea de la muerte.

Roy nunca pensó en la muerte, subió hasta ella meneando la cola.

Esto va de trozos, de trozos de papel que no encajan unos con otros. Esto va de desperdicios.

Yo, Harold Nivenson...

En un principio fueron fichas de 13 × 20 ordenadas en un archivador metálico. Luego fueron fichas de 8 × 13 ordenadas en un archivador de cartón fibra. Hubo varios archivadores, en momentos distintos, varios metálicos y luego otros tantos de cartón fibra. Hace unos meses, poco después de la muerte de *Roy*, cuando ya había dejado de andar por ahí como antes hacía, se me acabaron las fichas de 8 × 13. Ahora me las apaño con folios corrientes. Doblo tres veces una hoja, luego la troceo por los dobleces, obteniendo ocho tarjetas de 7,5 × 11 que llevo en el bolsillo, o que guardo en un archivador, o que tiro por ahí.

Cuando me vacío los bolsillos, por la noche, cojo las tarjetas no escritas y las guardo en el alféizar de la ventana, cerca de la cama, donde puedo alcanzarlas si surge algo que apuntar. Las otras, las que sí contenían los apuntes del día, las ponía en el archivador de debajo de la cama. Pero últimamente me ha dado por tirarlas. Fue tras la muerte de *Roy* cuando empecé a tirarlas.

He pasado de un sistema profesional y manufacturado de archivo de fichas a un sistema casero, de aficionado, que de ningún modo llega a verdadero sistema, que se queda en mero almacenamiento por montones o cajas.

Las raras veces en que mi garrapateo llega a cubrir dos, tres, cuatro, cinco fichas o tarjetas, las junto con un clip, para formar un fajo o, más raramente aún, un librito.

No sé cuánto tiempo lleva ocurriendo esto. No recuerdo cuándo murió *Roy*. Estaba en la idea de que había sido el otoño pasado, pero bien pudo haber sido el antepasado. Vinieron dos hombres a bajar mi cama al salón: eso fue el otoño pasado. De manera que la muerte de *Roy* fue el

antepasado. Es una cama metálica antigua. La pusieron donde antes estaba el sofá. Ahora el sofá está plantado, él solo, en mitad de la habitación.

Mi guarida, como la llamo ahora, consiste en esta habitación (el llamado salón), un «estudio» contiguo al amplio vestíbulo, un comedor, un pequeño «gabinete», una cocina con trascocina y un porche cubierto al que se accede por la puerta de la cocina. Arriba hay dos dormitorios grandes, dos más pequeños y un cuarto de baño. El tercer nivel, bajo el techo, es un desván abuhardillado, con las vigas sin pulir, a la vista. El cuarto de baño es más grande que los dormitorios pequeños; las cañerías son antiguas. Abajo hubo otro cuarto de baño hasta que se pudrió el suelo. En la entrada principal hay un vestíbulo. Contra sus paredes hay unos bancos con tapa de bisagra, y percheros en las paredes encima de los bancos. No sé a quién pertenecen las prendas que hay en los percheros. También sombreros.

He arrastrado un sillón —un orejero de terciopelo rojo, con escabel a juego— hasta situarlo cerca de la amplia ventana que hay junto a mi cama. Desde aquí miro el pequeño mundo que ahora considero propio. He dado en sentir que este sillón es el centro de la casa. A partir de aquí hago viajes, recorridos, penosas correrías de largo alcance, los dormitorios de arriba, el cuarto de baño, el porche, a veces el jardincillo trasero.

En los días de sol, los ventanales que miran al sur hacen luminosa la habitación. Por la noche se queda a oscuras y resulta casi insoportablemente depresiva. La iluminación —seis bombillitas tipo vela en una araña de latón y una lámpara rinconera, detrás de un segundo sillón, este de cuero, donde antes me sentaba a leer— apenas contrarresta el te-

cho alto y azul oscuro que se resume a sombra más allá de la araña, el *beis* uniforme del papel de la pared. El amplio comedor, al que se pasa por una puerta de arco, está empapelado de color rojo veneciano y resulta aún más deprimente. Lo llamo el cuarto de la *melancolía*.

Podría, claro, prender las luces que hay en el marco de los cuadros. La habitación quedaría mejor iluminada, pero insoportable en diversos sentidos. La opresiva *proximidad* de tantos cuadros iluminados, acosándome por todas partes, haría de ella una habitación *imposible*.

Cago y meo en un cubo amarillo de plástico que guardo debajo de la cama y que tengo tapado con un plato grande mientras no lo utilizo. Algunos días, cuando me siento más ágil que de costumbre, subo a la primera planta con el cubo y lo vacío en el váter. Si no, lo vacío en el fregadero de la cocina y utilizo una cuchara de madera para forzar el paso del material por el cernedor del desagüe.

Antes solo cagaba en el cubo cuando me pillaba por sorpresa. Una vez tuve que cagar en la escalera, agarrado al pasamano, pillado por sorpresa. Aquella fue una fase de ideas negras y tripas sueltas. Espero que haya quedado atrás.

Roy era un animal muy limpio. Cuando yo ya no podía sacarlo, aprendió a cagar en el sótano, siempre en el mismo rincón. Yo haría lo mismo si no fuese porque la escalera de bajada es igual de empinada y tiene los mismos escalones que la de subida a la otra planta.

Delante de la casa hay un pequeño ginkgo, y en un poste eléctrico de la acera de enfrente hay una farola municipal.

Cuando apago la luz se tiende sobre mi cama una pálida ventana trapezoidal, y en esa ventana, si corre un poco de viento, las sombras de las hojas se mueven en un silencio sepulcral. Extiendo las manos y las hojas se les mueven encima, y es espeluznante que no las note en la piel.

No veo la casa de la profesora Diamond desde mi sillón. Para verla tengo que ponerme de pie y apoyar la mejilla contra el hueco de la ventana. En esa postura veo casi completa una casona victoriana, con adornos como de encaje, artísticamente pintada de rosa y azul. Me resulta incómodo permanecer demasiado rato en esa postura, de modo que la profesora queda sin observar la mayor parte del tiempo.

La profesora Diamond posee una boca fina, una nariz prominente, los ojos hundidos, el pelo negro peinado hacia atrás con severidad y recogido en un moño, el cuello largo, un cuerpo de Venus senescente. Tiene un rostro esculpido, agradable de ver y depredador. «Aquilino», digamos. No es tan vieja como yo.

Mi casa y la de Diamond son las más grandes de la calle, que sube cinco manzanas hasta la avenida, hasta las campanas dominicales de la iglesia católica de San Esteban y las torres feudales de la Asociación de Jóvenes Cristianos, para luego bajar tres manzanas hasta el parque, con un solo semáforo. Un ciclista que lo pillara en verde podría recorrer la calle, desde la avenida hasta el parque, sin dar a los pedales.

Si nos situamos junto a la vía del tren que bordea el parque, veremos las colinas del otro lado del río. En verano, una bruma entre gris y violeta emborriona los edificios y las colinas lejanas.

Por la noche, cuando hacía calor, bajaba a sentarme en el parque, en busca de alguna brisa procedente del río. A veces, en algún lugar de la otra orilla del río, veía unas luces blancas sobre un estadio de algún tipo, pero nunca logré localizar el estadio a la luz del día, distinguirlo en el revolti- llo beis y gris de las demás edificaciones.

Todas las mañanas y todas las noches, hiciera el tiempo que hiciera, me bajaba allí con *Roy*, y a veces seguíamos la vía del tren a lo largo de la orilla. Caminando al borde del agua, mantenía a *Roy* apartado de los cristales rotos, eligiendo un sendero por encima de las rocas. Ya no hay trenes en ese tendido.

Cuando aún había trenes, se les oía silbar durante la noche. En dos ocasiones, durante aquellos años, alguien del barrio se tumbó sobre las vías y un tren lo mató.

Siempre supe qué hacer mientras *Roy* vivió. Un paseo por la mañana, un pis rápido a mediodía, un paseo largo por la tarde, cena a las seis, una vuelta a la manzana antes de acostarnos: una agenda que era como quien dice un programa existencial. Nunca me despertaba con la paralizante idea de *no tener plan*. Cuando salíamos juntos, *Roy* solía marchar unos pasos por detrás de mí, haciendo paradas para levantar la pata u olfatear algo, y alcanzarme luego en una carrerita; pero en un sentido vital más amplio, era yo quien lo seguía, era yo quien se adaptaba a su programa existencial.

Mi vida seguía el camino del perro.

Dirán: «En sus últimos años bajó al nivel perruno».

Cuando murió *Roy*, me dejé ir. Sin ser consciente de lo que ocurría, perdí el agarre. Un día era igual que otro, un minuto era igual que otro. Iba cuesta abajo. Un par de meses después empecé a darme cuenta de lo que ocurría, y desde ese momento, desde el momento en que me di cuenta, empecé a empujarme enérgicamente cuesta abajo. Fui cuesta abajo aposta y acelerando, deteriorándome enérgicamente, hasta quedar hecho una ruina.

En caída, un súbito pánico lo atrapa a uno. Saca uno la mano y agarra el aire. Pero según se va acortando la distancia hasta el suelo, el pánico cede su lugar a la resignación, cuando crece la inminencia de la realidad y las restantes posibilidades encogen, hasta que en el milisegundo previo al impacto, cuando por fin se está cerrando de un portazo la puerta del futuro, lo ocupa a uno un aburrimiento momentáneo, súbito, inmenso. *O sea que esto era la vida*, piensa uno. Entran ganas de bostezar, pero no hay tiempo.

La casa está muy sucia, más o menos asfixiada en porquería. Ropa que no me pongo, libros que no leo, aparatos que no utilizo.

Dirán: «Vivía en una pocilga».

Miro en derredor, la suciedad y los desperdicios: los vertidos de Harold Nivenson.

El americano medio en el transcurso de su vida media produce siete mil veces su peso en productos de desecho, en vertidos, lo he leído en alguna parte. A este montón de basura inevitable y en cierto modo *natural* yo he añadido mi granito de arena en forma de miles de trozos de papel. De-

cenos de miles de trozos de papel embutidos en cajones y cajas. No puedo abrir un libro sin que de él no caiga algún papel. No sé qué era lo que esperaba conseguir.

En el sueño estoy boca arriba en la cama. Tengo los ojos abiertos. Me sorprende que esté tan oscuro, me pregunto si no se habrá fundido la farola de la calle. Algo parece ocurrirle a mi corazón, me preocupa mi corazón, de modo que me tomo el pulso. Lo intento durante un buen rato, pero no me encuentro ningún pulso. Alguien se acerca a la cama, se inclina sobre mí, acercándose mucho, como para escrutar-me el rostro. «Ayúdame —le digo—. Ayúdame.» La persona no parece oírme y me presiona con suavidad los párpados, cerrándolos. Ya no la veo, porque tengo los ojos cerrados, pero la noto moverse. Se me ocurre entonces que de mi boca no ha brotado ningún sonido. Pienso: Bueno, pues esto es estar muerto. No estoy dormido, estoy inmóvil y consciente, estoy completamente muerto. Experimento una súbita irrupción de pánico ante la idea de que voy a tener que permanecer despierto «a perpetuidad», de que voy a permanecer para siempre experimentando que estoy muerto.

Este barrio antes era «artístico». Ello lo hizo atractivo para la clase de gente que se ha instalado últimamente. Era artístico y ecléctico, se decía. Antes de eso fue un aburrimiento. Sin clase y aburrido, pero sin llegar a barrio bajo. El hecho de que ahora sea un barrio rigurosamente rehabilitado y de que en tiempos fuera artístico lo hace atractivo para personas como la profesora Diamond, acomodadas, «financieramente sólidas», como dicen, y también ellos mismos artísticos y eclécticos.